

HANS J. MORGENTHAU

REFLEXIONES SOBRE EL ESTADO DE LA CIENCIA POLÍTICA

EN EL *TEETETES* de Platón, Sócrates describe el carácter del filósofo, el hombre de saber, en contraste con el hombre práctico, ateuico. Quiere demostrar las cualidades distintivas del filósofo, destacando su peculiar actitud hacia la esfera política.

En primer lugar, el filósofo no tiene ambiciones políticas y no le interesa lo que sucede en la esfera política. Los filósofos

ignoran desde su juventud el camino que conduce a la plaza pública. Los tribunales, donde se administra justicia, el paraje donde se reúne el Senado y los sitios donde se reúnen las asambleas populares les son desconocidos. No tienen ojos ni oídos para ver y oír las leyes y decretos que se publican de viva voz o por escrito; y respecto de las facciones e intrigas para llegar a los cargos públicos, a las reuniones secretas, a las comidas y diversiones con los tocadores de flauta, no les viene al pensamiento concurrir a ellas, ni aun en sueños. Nace uno de alto o bajo nacimiento en la ciudad, sucede a alguno una desgracia por la mala conducta de sus antepasados, varones o hembras, y el filósofo no da más razón de estos hechos que del número de gotas de agua que hay en el mar.

En segundo lugar, el filósofo es ignorante acerca de las cuestiones políticas e incapaz de actuar con efectividad en el plano político. "No sólo ignora lo que hace su vecino y si es hombre o cualquier otro animal. . . cayendo a cada instante por su falta de experiencia en toda suerte de perplejidades y en conflictos tales que le hacen pasar por un imbécil. Si se le injuria, como ignora los defectos de los demás, porque nunca ha querido informarse, no puede echar en cara al ofensor nada personal. . ."

En tercer lugar, el filósofo no se compromete moralmente y es indiferente a los valores de la política.

Si en su presencia se alaba a un tirano o a un rey, se figura oír exaltar la felicidad de algún pastor, porquero o guarda de ganados lanares y vacunos, porque de ellos saca mucha leche, y cree que los reyes están encargados de apacentar y ordeñar una especie de animales, más difíciles de gobernar y más traidores, sin que por otra parte los mismos tiranos o reyes sean menos groseros e ignorantes que los pastores, a causa del poco tiempo que tienen para instruirse, permaneciendo encerrados dentro de las murallas, como en un aprisco situado sobre una montaña. Se dice en su presencia que un hombre tiene inmensas riquezas, porque posee en fincas diez mil yugadas o más, y esto le parece poca cosa, acostumbrado como está a dirigir sus miradas sobre el mundo entero. En cuanto a los que alaban la nobleza, y dicen que es de buena casa, porque puede contar siete abuelos ricos, cree que semejantes elogios proceden de gente que tiene la vista baja y corta, a quien la ignorancia impide fijar sus miradas sobre el género humano entero, y que no ve con el pensamiento que cada uno de nosotros tenemos millares de abuelos y antepasados, entre quienes se encuentran muchas veces una infinidad de ricos y pobres, de reyes y esclavos, de helenos y bárbaros; y mira como una pequeñez de espíritu el gloriarse de una procedencia de veinticinco antepasados, hasta remontar a Heracles, hijo de Anfitríon. Se ríe porque ve que no se reflexiona, que el vigésimoquinto antepasado de Anfitríon y el quincuagésimo con relación a sí mismo, ha sido como lo ha querido la fortuna, y se ríe al pensar que no puede verse libre de ideas tan disparatadas.

Esta indiferencia política e incapacidad es el reflejo de la naturaleza positiva del filósofo.

Está presente en la ciudad sólo con el cuerpo. En cuanto a su alma, mirando todos estos objetos como indignos, y no haciendo de ellos ningún caso, se pasea por todos los lugares, midiendo, según la expresión de Píndaro, lo que está por bajo y lo que está encima de la tierra, se eleva hasta los cielos, para contemplar allí el curso de los astros y, dirigiendo su mirada escrutadora a todos los seres del univer-

so, no la baja a objetos que están inmediatos a aquélla. . . ponen todo su estudio en indagar y descubrir lo que es el hombre y lo que conviene a su naturaleza hacer o padecer, a diferencia de los demás seres. . .

Esta dedicación a la busca de la verdad por la verdad misma y, en consecuencia, su divorcio —moral e intelectualmente, en el juicio y en la acción— de la esfera política, hace del teórico un escándalo a los ojos de la multitud. “Se ríen de él por su tontería. . . A todos parece un idiota.” “Es ridiculizado por el vulgo, en parte porque se piensa que lo desprecia y, además, porque ignora lo que tiene enfrente y está siempre distraído.” Sócrates cuenta que “ocupado Tales en la astronomía, y mirando a lo alto, cayó un día en un pozo, y que una sirvienta de Tracia de espíritu alegre y burlón se rió, diciendo que quería saber lo que pasaba en el cielo, y que se olvidaba de lo que tenía delante de sí y a sus pies.” Y añade Sócrates: “Esta broma puede aplicarse a todos los que hacen profesión de filósofos.”

Sin embargo, el filósofo tuvo su venganza.

Pero, querido mío, cuando el filósofo puede a su vez atraer a alguno de estos hombres hacia la región superior, y el atraído se aviene a prescindir de estas cuestiones: ¿qué mal te hago yo? ¿qué mal me haces tú?, para pasar a la consideración de la justicia y de la injusticia, de su naturaleza y de lo que distingue la una de la otra y de todo lo demás; o que de los lugares comunes sobre la dicha de un rey o de un hombre que tiene grandes tesoros pasa al examen de la institución real, y en general a ocuparse de lo que constituye la felicidad o la desgracia del hombre, para ver en qué consisten la una y la otra y de qué manera nos conviene aspirar a aquélla y huir de ésta; cuando es preciso que este hombre de alma pequeña, rudo y ejercitado en la cizaña, se explique sobre todo esto, entonces rinde las armas al filósofo y, suspendido en el aire y poco acostumbrado a contemplar de tan alto los objetos, se le va la cabeza, se aturde, pierde el sentido, no sabe lo que dice, y se ríen de él, no las sirvientas de Tracia, ni los ignorantes (porque no se dan cuenta de nada), sino aquellos cuya educación no ha sido la de los esclavos.

Debemos reconocer, en esta yuxtaposición del filósofo con el hombre práctico, los arquetipos de un conflicto perenne entre el teórico, que piensa con

el fin de encontrar la verdad, y el hombre práctico, que piensa con el objeto de encontrar soluciones a problemas prácticos. Sin embargo, tampoco podemos dejar de reconocer las limitaciones del análisis platónico, que es demasiado claro, demasiado “griego” en su simplicidad clásica, para satisfacerlos. Aunque lo que dice Platón es cierto, no es toda la verdad del problema. Hay, como veremos, en la posición del pensador político dentro de la sociedad sobre la que piensa, una ambigüedad —intelectual y moral— de la que los antiguos no sabían —y probablemente no podían saber— nada. Sin embargo, con todas sus limitaciones, la descripción de Platón da una visión de la naturaleza de la filosofía, de la teoría y de la ciencia que, a su vez, nos ilumina acerca del estado de la ciencia política en los Estados Unidos.

II

El impulso al que debe su existencia la ciencia política norteamericana fue abrumadoramente práctico. Este impulso fue alimentado por dos raíces, una de las cuales es común a toda la ciencia política moderna, mientras que la otra le es peculiar.

La ciencia política como disciplina académica, en todo el mundo occidental, debe su existencia a la desintegración, después del último florecimiento a principios del siglo XIX, de los grandes sistemas filosóficos que habían dominado el pensamiento occidental y el correspondiente desarrollo de la investigación empírica del mundo social. Todas las ciencias sociales son el fruto de la emancipación del pensamiento occidental respecto de los sistemas metafísicos que habían hecho del mundo social, esencialmente, un tema de especulación metafísica y postulados éticos. En algunos campos, como el económico, esta emancipación ocurrió temprano; en otros, como la ciencia política, ocurrió relativamente tarde (por razones que, como veremos, son inherentes a la naturaleza misma de la ciencia política).

Esta tendencia antiespeculativa y empírica del pensamiento occidental, tal como se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX, sólo podía encontrar lista una respuesta y, podría decirse, natural, en las propensiones del pensamiento norteamericano. Más aún, mientras el pensamiento político europeo seguía combinando una posición antimetafísica con el cuidado de la teoría, la ciencia política norteamericana fue dominada por las promesas prácticas de la nueva disciplina. Los primeros departamentos de ciencia política se establecieron en los Estados Unidos alrededor de 1880, no con propósitos

de estudios teóricos —sin hablar de especulación filosófica— sino principalmente con el fin de responder a las exigencias prácticas del momento.

Es esclarecedor en este aspecto y, en cierto sentido, una interesante experiencia, leer el discurso pronunciado, el 3 de octubre de 1881, en la inauguración de la Escuela de Ciencia Política de la Universidad de Michigan, por su primer decano, Charles Kendall Adams.¹ Este discurso no hace mención alguna de los problemas permanentes de la política, como el poder, la legitimidad, la autoridad, la libertad, las formas de gobierno, el derecho natural, la soberanía, la revolución, la tiranía, el gobierno de la mayoría. Los únicos problemas que lo ocupan son los problemas prácticos del momento, y la defensa que trata de hacer de la ciencia política en los Estados Unidos descansa exclusivamente en la contribución que la nueva disciplina promete aportar para la solución de estos problemas. Fijándose en el extranjero, Adams encuentra que la rápida recuperación de Francia después de 1871 se debió, esencialmente, a la instrucción en ciencia política. “El fin de su guerra ocurrió seis años después que el fin de la nuestra; y, sin embargo, mucho tiempo antes de que nosotros hubiéramos conseguido el equilibrio financiero, Francia era la nación más próspera de Europa.” En Inglaterra “la educación política. . . ha sido impartida por hombres, algunos de los cuales han sido considerados como merecedores de importantes lugares en el Parlamento, en el servicio diplomático y el gabinete. . . Sus discípulos los rodean en el Parlamento y en el servicio diplomático.” En la diplomacia y, más especialmente, en la reforma económica, la influencia de la educación universitaria ha sido persuasiva. El decano Adams encuentra los mismos resultados benéficos en Alemania. “Los graduados de estas escuelas (de ciencia política) se abrieron camino a posiciones influyentes en la administración, en toda Alemania. . . el Comisionado White. . . emplea estas palabras: ‘En conversaciones con importantes figuras de la Alemania meridional, no he encontrado una sola que no declarara que éste y otros cursos similares de instrucción política son la causa principal de la actual eficiencia en la administración alemana.’”

Habiendo establecido así las ventajas que la ciencia política llevó en la práctica a los gobiernos europeos, el Decano Adams debe ahora eliminar el argumento según el cual las instituciones políticas norteamericanas son superiores a las de Europa y, en consecuencia los Estados Unidos no necesitan de la ciencia política. El argumento es revelador, por la atención exclusiva que presta a los beneficios prácticos que han de esperarse.

¹ *The Relations of Political Science to National Prosperity*. Ann Arbor, 1881.

¿Es verdad que nuestros gobiernos municipales son mejores que los suyos? ¿Están nuestros sistemas impositivos más equitativamente ajustados que los suyos? ¿Tienen nuestras corporaciones públicas y privadas mayor respeto por los derechos del pueblo que las suyas? ¿Podemos sostener que nuestras legislaturas están más libres de la corrupción y del soborno que las suyas? ¿Era nuestra administración financiera al final de la guerra más prudente que la de Francia al final de la suya? Si estas preguntas pueden ser respondidas afirmativamente, y sin la sombra de una duda, concedo que puede apoyarse sobre ellas un argumento en favor de lo que podríamos llamar métodos intuitivos.

Después de pasar revista sistemática a las operaciones de las tres ramas del gobierno que necesitan mejoras, el decano Adams se refiere a "otros muchos de actividad donde se ejerce gran influencia." Señala el periodismo y la oratoria, que la ciencia política puede ayudar a mejorar. Resume su argumentación en favor de la ciencia política diciendo:

Si se ha establecido la Escuela de Ciencia Política de la Universidad de Michigan, ha sido con el propósito de colaborar en las diversas direcciones que hemos apuntado y en otras que mencionaríamos si hubiera tiempo. Encuentra su justificación en lo que las demás escuelas de la Universidad se fundan: en el bien del pueblo y el bienestar del Estado.

Esta preocupación exclusiva por las mejoras prácticas no es, de ninguna manera, una tendencia aislada. Domina el establecimiento, virtualmente simultáneo, de una Escuela de Ciencia Política en la Universidad de Columbia. El objetivo de esta escuela fue tan práctico como el de Michigan; sin embargo, mientras que esta última apelaba a un vocacionalismo sin límites, los intereses prácticos de la primera estaban estrechamente confinados a una profesión particular, la del funcionario civil. Cuando el Presidente Barnard sometió la proposición para el establecimiento de la escuela a los fiduciarios de la Universidad de Columbia, la llamó "Escuela propuesta para la preparación para el servicio civil." Reflejando la filosofía de John W. Burgess, que es el espíritu que domina tras la proposición, encontramos definido el propósito de la escuela como el de "preparar a los jóvenes para la vida pública, ya sea en el servicio civil del país o fuera de éste, o en las legislaturas

de los estados o de la Nación; y, también, formar a los jóvenes para los deberes y responsabilidades del periodismo político.”²

Los primeros departamentos de ciencia política del país, por lo tanto, no crecieron orgánicamente a partir de una concepción general de lo que el campo de la ciencia política cubría, ni respondían a una necesidad intelectual fuertemente sentida. Más bien trataban de satisfacer necesidades de tipo práctico, que otras disciplinas académicas se negaban a cubrir. Por ejemplo, en aquella época los programas de las escuelas de derecho no incluían el derecho público. Se pensaba que alguien debía ocuparse de él, y de ese modo se convirtió en parte de la ciencia política. Había demanda de instrucción en periodismo, pero no había un lugar donde se enseñara; así, se hizo parte de la ciencia política. Había una necesidad local de orientación en ciertos aspectos de la administración municipal; y, en esta forma, un curso sobre la materia se incluyó en el plan de estudios de ciencia política.

En otras palabras, la ciencia política creció, no en virtud de un principio intelectual germinador, sino como respuesta a presiones del exterior. Lo que no podía definirse en términos de una disciplina académica tradicional se definía como ciencia política. Este crecimiento inorgánico y este carácter accidental de la ciencia política se refleja notablemente en los programas de los primeros departamentos de ciencia política, como los de Michigan, Columbia y Harvard. En el discurso que hemos citado, el decano Adams menciona las siguientes materias que habrían de formar parte del plan de estudios de la Escuela de Ciencia Política: “Historia universal”, “Historia de las instituciones políticas”, “Historia política contemporánea de Europa”, “Historia política y constitucional de Inglaterra”, “Historia política y constitucional de los Estados Unidos”; varios cursos de Economía política; bajo el título general de Ciencia sanitaria: “Las leyes del desarrollo y la decadencia psicológicos”, “Variedades y adaptabilidades de los alimentos”, “Los mejores métodos de proveer agua pura y ventilación”, “Causas de las enfermedades contagiosas”, “Tratamiento apropiado para la materia en descomposición”, “Funciones propias de la Oficina de Sanidad y de los funcionarios sanitarios”; bajo el título general de Ciencia social, “Persistencia del crimen y medios más eficientes de disminuirlo y prevenirlo”, “Los mejores métodos de tratar a nuestros criminales”, “El cuidado de los dementes y la administración de los sanatorios”, “Tratamiento indicado de los pobres y administración propia de los asilos”, “Locación, dotación y control de

² R. GORDON HOXIE y otros, *A History of the Faculty of Political Science, Columbia University*. Nueva York: Columbia University Press, 1955, p. 13.

hospitales”; cursos de Forestación y de Ética política; y, finalmente, “coronando el conjunto”, “La idea del Estado”, “Naturaleza de los derechos individuales, sociales y políticos”, “Historia de las ideas políticas”, “Gobierno de las ciudades”, “Teorías y métodos impositivos”, “Derecho constitucional comparado”, “Teorías de derecho internacional”, “Historia de la diplomacia moderna”, “Esto es, concluye el decano Adams, a grandes rasgos, lo que la escuela se propone enseñar en este momento. Se harán adiciones a los grupos y a los cursos, cada cierto tiempo, cuando se vayan necesitando.”

Mientras que este programa no es más que un ejemplo extremo de la practicidad de la primitiva ciencia política norteamericana, la lista de cursos que formaban el plan de estudios de la Escuela de Ciencia Política de la Universidad de Columbia, de 1880 a 1887, es típica de su eclecticismo. De acuerdo con Burgess, la “Escuela de Ciencia Política” es “el nombre colectivo que damos a los cursos de graduados y a los cursos universitarios de historia, filosofía, economía, derecho público, jurisprudencia, diplomacia y sociología.”³ Estos son los cursos que se enseñaban entonces: Geografía física y política; Etnología, Historia general constitucional y política de Europa; Historia constitucional y política de Inglaterra, Historia constitucional y política de los Estados Unidos; Bibliografía de las Ciencias políticas; Historia del Derecho romano hasta la época actual; Derecho constitucional comparado de los principales Estados europeos y de los Estados Unidos; Ciencia estadística, métodos y resultados; Jurisprudencia comparada de los principales sistemas europeos de Derecho civil, Derecho constitucional comparado de las diversas comunidades de la Unión Americana, Historia de la diplomacia, Derecho administrativo comparado de los principales Estados de Europa y los Estados Unidos; Derecho administrativo comparado de las diversas comunidades de la Unión Americana; Derecho internacional privado; Ciencias sociales; Teorías comunistas y socialistas; Economía política; Historia de las instituciones político-económicas, Impuestos y Finanzas; Filosofía: Historia de las teorías políticas de Platón a Hegel.⁴

En forma similar, los cursos tratados en Harvard, en 1892-93, bajo el rubro de “Gobierno” comprendían: Gobierno constitucional; Elementos de derecho internacional (que incluía historia de la diplomacia); Historia e Instituciones del derecho romano; Gobierno federal, histórico y comparativo; Principios del Derecho constitucional —casos seleccionados— norteamer-

³ “The Study of the Political Sciences in Columbia College”, *International Review*, XII, 1822, p. 348.

⁴ R. GORDON HOXIE y otros, *loc. cit.*, pp. 305-6.

ricanos e ingleses; Historia de las teorías políticas, con referencia especial al origen de las instituciones norteamericanas; Gobierno y métodos políticos en los Estados Unidos y Derecho internacional administrado por los Tribunales.⁵

En su desarrollo posterior, la ciencia política como disciplina académica ha sufrido un proceso simultáneo de contracción y expansión. Por una parte, nuevas escuelas y departamentos han absorbido muchas materias que antes se enseñaban en departamentos de ciencia política, porque no había otro lugar en la universidad donde se enseñaran. Por otra parte, sin embargo, nuevos intereses prácticos han seguido demandando la inclusión de materias nuevas dentro del plan de estudios.

Así, todavía hoy el plan de estudios de ciencia política conserva las huellas inequívocas de su accidental origen y desarrollo. Para tomar al azar algunos cursos de dos departamentos de ciencia política, con los que estoy familiarizado, ¿qué tienen en común “La filosofía política de Platón y su fundamento metafísico” y “La política de conservación”, o los “Principios generales de organización y administración” y el “Derecho internacional”, o la “Conducta de las relaciones exteriores norteamericanas” y la “Introducción a la jurisprudencia”, o el “Nacionalismo” y la “Conducta política y política pública”, o las “Instituciones políticas y económicas de Rusia” y la “Administración del personal de las oficinas públicas”? El único denominador común que enlaza en un sentido amplio a estos cursos es una orientación vaga y general hacia la naturaleza y actividades del Estado y las actividades que tienen, a su vez, una influencia directa sobre el Estado. Más allá de la orientación hacia un tema común, definido en los términos más generales, la ciencia política contemporánea no tiene unidad de método, visión y propósito.

III

En lo que se refiere al método, la ciencia política se divide en cinco direcciones, y cuatro de estas posiciones metodológicas no tienen casi nada en común. Su disparidad es tal que casi no hay posibilidades de discusión entre los representantes de los diferentes planteamientos más allá de las polémicas que niegan la legitimidad misma de los demás. Estos métodos pueden clasi-

⁵ ANNA HADDOW, *Political Science in American Colleges and Universities*, 1636-1900. D. Appleton-Century Company, Nueva York, 1939, p. 175.

ficarse como teoría filosófica, teoría empírica, ciencia empírica, descripción y mejoramiento práctico.

Estos cinco planteos metodológicos no son peculiares de la ciencia política. Han aparecido también en otras ciencias sociales —la psicología, la economía, la sociología—, aunque con dos diferencias significativas. En primer lugar, las demás ciencias sociales han mostrado tradicionalmente una conciencia mucho mayor de la existencia, naturaleza y funciones diversas de estos enfoques que la ciencia política. En segundo lugar, han sido capaces, al menos eventualmente, de desprenderse en buena medida del punto de vista vocacional y reformativo, que, en sí mismo, tiene sólo un mínimo de trascendencia intelectual. La ciencia política, por otra parte, nunca se ha enfrentado al problema metodológico en términos del carácter intrínseco de estos diferentes planteamientos y de las funciones que son capaces de llenar, para la comprensión de la materia que constituye el tema de la ciencia política. Estas cinco posiciones han coincidido relativamente, sin distinción clara, en los departamentos de ciencia política, destacándose una sobre las demás en distintas épocas y lugares, de acuerdo con las presiones de la oferta y la demanda. Aquí también el desarrollo ha estado sujeto al azar y al accidente más que guiado por determinadas necesidades fundamentales de la teoría.

De este modo, la ciencia política no ha sido capaz, en general, de hacer esa distinción que es condición previa para el desarrollo de cualquier ciencia verdadera: la distinción entre lo que vale la pena conocer intelectualmente y lo que es útil para la práctica. Es ésta la distinción que la economía y la sociología establecieron hace algunas décadas, cuando las escuelas de comercio, economía doméstica, ventas, trabajo social y similares se ocuparon de los aspectos cotidianos que, en el mejor de los casos, desarrollan la aplicación práctica del conocimiento teórico y, casi siempre, no tienen sino una tenue conexión con él. La ciencia política ha dado un paso semejante en algunos casos, organizando sus aplicaciones prácticas, para el mejoramiento de las actividades gubernativas en las escuelas de administración y otras semejantes. Pero esta separación no sólo ha sido más excepcional que típica, sino que, además, se ha hecho por conveniencia más que para la aplicación de un principio teórico generalmente aceptado. En consecuencia, el mejoramiento de los procesos de gobierno es considerado todavía, en general, no sólo como una actividad valiosa para ser emprendida por los estudiosos de la ciencia política, sino también como un elemento legítimo y, a veces, incluso el único legítimo de la ciencia política como disciplina aca-

démica, para ser impartida en cualquiera de los capítulos que componen su plan de estudios.

Debemos señalar de pasada que no nos referimos aquí a una materia específica, sino a un método particular, a un enfoque intelectual particular. Este enfoque se manifestará naturalmente, con más frecuencia y tipicidad, en aquellos campos de la ciencia política que tienen relación directa con las operaciones de gobierno, como la administración pública, pero no se limita, en manera alguna, a ellos. Los demás campos de la ciencia política, como las relaciones internacionales, el Gobierno norteamericano, el Derecho constitucional y los partidos, han estado dominados a veces por el enfoque práctico, buscando remedios también prácticos a condiciones que se estiman necesitadas de mejoramiento.

Hoy, no obstante el método descriptivo es todavía el más ampliamente utilizado en la ciencia política. La información factual, ordenada de acuerdo con ciertas clasificaciones tradicionales, domina aún casi todos los textos existentes. Si es verdad que resulta innecesario argumentar acerca de la necesidad de información factual, tampoco debería ser necesario insistir en que la descripción factual no es ciencia, sino una mera preparación, por indispensable que sea, para el conocimiento científico de los hechos. Sin embargo, el hecho de que la ciencia política descriptiva tienda a adornar las relaciones descriptivas de los hechos con atuendos teóricos y a usar clasificaciones y terminologías elaboradas, para ocultar el carácter meramente descriptivo de su substancia, puede tender a un despertar teórico. Mientras que la pretensión teórica de las relaciones de hechos revela la conciencia de la necesidad de comprensión teórica, esta comprensión misma requiere algo más que el uso demostrativo de un elaborado aparato de clasificación y terminología.

Con este último tipo de ciencia política descriptiva, que cubre su substancia descriptiva con pretensiones teóricas, estamos en el terreno fronterizo donde la descripción y la ciencia política se mezclan. La ciencia empírica es hoy la rama más vigorosa de la ciencia política, que tiende a atraer a muchos de los estudiantes más capaces y creadores. Tomando su base en las ciencias naturales o en lo que piensa que son las ciencias naturales, trata de desarrollar rigurosos métodos de comprobación cuantitativa, que se espera alcancen en su momento la misma precisión en el descubrimiento de uniformidades y en la predicción, a lo que deben las ciencias naturales su éxito teórico y práctico.

En otra parte he argumentado contra esta analogía entre las ciencias so-

ciales y naturales,⁶ y este no es el lugar para continuar la controversia. Debe bastar aquí la afirmación dogmática que el objeto de las ciencias sociales es el hombre, no como mero producto de la naturaleza, sino como criatura y creador de la historia, en la cual y a través de la cual, su individualidad y libertad de selección se manifiestan. Hacer de la susceptibilidad para la medición cuantitativa, el pivote del carácter científico de las ciencias sociales en general y de la ciencia política en particular, es despojar a estas ciencias de la orientación adecuada para la comprensión de su contenido.

La falta de adecuación del método cuantitativo al contenido de la ciencia política está demostrada por la limitación de su éxito en aquellos tipos de conducta política que, por su naturaleza misma, se prestan a cierta medida de cuantificación, como la votación, y la esterilidad de los intentos de aplicar el método cuantitativo a fenómenos que están determinados por la individualidad histórica, por la selección racional o moral. Por lo que se refiere a estos fenómenos, lo más que puede lograr la cuantificación es confirmar y refinar el conocimiento que la teoría ha descubierto ya. No será válido argumentar que esta limitación se debe al "atraso" de la ciencia política, que podría superarse si más y mejores personas dedicaran más tiempo y dinero a la cuantificación. Para que ese argumento sea válido la limitación es demasiado persistente y se vuelve todavía más espectacular cuanto más y mejores personas dedican su tiempo y su dinero para convertirla en un éxito.

Una vez que la cuantificación ha dejado la estrecha esfera en la que puede contribuir al conocimiento pertinente, se abren ante ella dos caminos. O bien puede tratar de medir fenómenos que en sus aspectos relacionados con la ciencia política no son susceptibles de cuantificación y, al hacerlo, oscurecer y deformar lo que la ciencia política debería saber; de este modo, gran parte de la ciencia política cuantitativa se ha convertido en una pretenciosa colección de trivialidades. O bien, oscuramente consciente de esta inadecuación, la cuantificación puede evadir el contacto con los fenómenos empíricos de la vida política y tratar de investigar, en lugar de ello, cuál es la forma correcta de cuantificación. Básica para esta preocupación metodológica es la suposición de que el fracaso de la cuantificación para rendir resultados proporcionados en alguna medida al esfuerzo realizado, es el resultado de la falta de un método cuantitativo correcto. Una vez que este método sea descubierto y aplicado, la cuantificación rendirá sus resultados en los conocimientos precisos que sus partidarios reclaman para ella.

⁶ *Scientific Man vs. Power Politics*. University of Chicago Press, Chicago, 1946.

No obstante, es obvio que estas investigaciones metodológicas, dirigidas manifiestamente a la orientación de la investigación empírica, casi no han ejercido influencia alguna sobre ésta. El divorcio de la metodología y de la investigación empírica no es fortuito, ya que no sólo se refiere a la inefectividad del método cuantitativo para el conocimiento de gran parte del contenido de la ciencia política, falta de efectividad que se hace particularmente notable cuando la cuantificación es confrontada, en su pura forma teórica, con la realidad de la vida política, sino que caracteriza también una tendencia, común a todos los esfuerzos metodológicos en las ciencias sociales, a retirarse aún más del contacto con el mundo empírico hacia una esfera de abstracciones autosuficientes. Este "neoescolasticismo", como ha sido bien llamado,⁷ se ha desarrollado más ampliamente en la sociología; sin embargo ha dejado su huella también en la ciencia política. El neoescolástico tiende a pensar en cómo pensar y a conceptualizar acerca de los conceptos, retirándose todavía más de la realidad empírica, hasta que encuentra la realización lógica de sus esfuerzos en los símbolos matemáticos y otras relaciones formales.

Hay una semejanza reveladora, que procede de una raíz común en los desórdenes de nuestra cultura, entre la abstracta ciencia política moderna y el arte moderno abstracto. Ambos se evaden de la realidad empírica hacia un mundo de relaciones formales y símbolos abstractos, que, o bien se revelan como triviales a la luz de un examen atento, o bien son ininteligibles, excepto para los iniciados. Ambos participan de la indiferencia hacia las realizaciones acumuladas de la humanidad en sus campos respectivos: Platón y Fidias, Santo Tomás y Giotto, Spinoza y Rembrandt no les revelan ningún mensaje. Este divorcio de la realidad, contemporánea e histórica, priva a ambos de esa saludable disciplina que impide a la mente regodearse en sus fantasías, sin atender a determinados y pertinentes modelos objetivos. Así, una moda intelectual o artística sigue a la otra, olvidando cada cual lo que ha sucedido antes y relegada al limbo por sus sucesores. Tanto la ciencia política abstracta como el arte moderno abstracto tienden a hacerse cultos, esotéricos, autosuficientes y autopetruantes, congregados alrededor de un "maestro", imitando su "estilo" y hablando en un dialecto inteligible sólo para sus miembros. Sin embargo el sentido común, tratando de penetrar en los misterios de estas abstracciones, no puede evitar preguntarse si siquiera los iniciados se entienden entre sí y a sí mismos. Quizás, si-

⁷ BARRINGTON MOORE, JR., "The New Scholasticism and the Study of Politics", *World Politics*, VI. 1953, pp. 122-38.

que reflexionando el sentido común, algunos de los “maestros” sólo están burlándose de sus seguidores, que deben pretender que entienden, para permanecer “al día” intelectualmente.

Por la importancia concedida a las abstracciones teóricas, que no tienen relación con la realidad política, la metodología de la ciencia política se adhiere a una escuela que, desde sus comienzos hasta ahora, ha ocupado un honroso pero solitario lugar en los planes de estudio de ciencia política: la teoría política. La teoría política, como disciplina académica, ha sido tradicionalmente la historia de las filosofías políticas en sucesión cronológica, empezando con Platón y terminando, si el tiempo lo permite, con Laski. Como disciplina académica, la teoría política ha sido poco más que una relación de lo que los escritores del pasado, tradicionalmente reconocidos como “grandes”, han pensado de los problemas tradicionales de la política, sin ningún intento sistemático de relacionar este conocimiento histórico con los demás campos de la ciencia política y con el mundo político contemporáneo. “El peligro, dice Ernest Baker, de algunos temas de especulación —yo citaré el testimonio de la crítica literaria y de la teoría política— es que pueden ser estrangulados, como si dijéramos, por la historia de su propio pasado.”⁸ De este modo, la teoría política como disciplina académica ha sido intelectualmente estéril y no es accidental que algunas de las contribuciones más importantes a la teoría política contemporánea hayan sido hechas, no por profesionales de la ciencia política, sino por teólogos, filósofos y sociólogos.

La teoría política se ha sostenido como parte indispensable del plan de estudios, no por la influencia vital que haya sido capaz de ejercer sobre nuestro pensamiento, sino más bien por una vaga convicción de que algo había de venerable y respetable en este ejercicio, por lo demás inútil. Así, el estudio académico de la teoría política ha tendido a convertirse en un ritual intelectual y prácticamente sin sentido, que era necesario realizar, por razones de tradición y prestigio, antes de poder ocuparse de las cosas que importaban realmente.

La conciencia de este contraste entre el prestigio de la teoría política y su falta real de aplicabilidad para la comprensión de los problemas políticos contemporáneos, ha acercado más a la teoría al mundo político contemporáneo. Por otra parte, la conciencia de la pobreza de visión que puede obtenerse de las investigaciones estrictamente empíricas, ha llevado a la

⁸ *The Study of Political Science and its Relation to Cognate Studies*. Cambridge: At the University Press, 1929, pp. 25-6.

ciencia política empírica a buscar un marco teórico. Evitando las limitaciones de los enfoques tradicionales y fusionando algunos de sus elementos, la ciencia política contemporánea está en proceso de revivir una tradición a la que casi todos los clásicos de la ciencia política deben su existencia e influencia. La intención de esta tradición es teórica: quiere entender la realidad política en forma teórica, es decir, haciendo recaer sobre ella proposiciones de validez objetiva y general. Estas proposiciones se proclaman objetivas, en el sentido de que su validez no es afectada por las limitaciones subjetivas del observador. Se proclaman generales, en el sentido de que su validez no es afectada por las circunstancias peculiares de tiempo y espacio del contenido.

El contenido de este estudio teórico es el mundo político contemporáneo. esta rama de la ciencia política, que llamamos teoría empírica, se refleja en términos teóricos en el mundo político contemporáneo. El mundo político, no obstante, plantea un obstáculo formidable a esta comprensión. Este obstáculo es de una naturaleza más moral que intelectual. Antes de referirnos a los requerimientos de semejante teoría empírica y a su idea central, debemos tratar el problema moral con el cual debe enfrentarse la ciencia política.

IV

La posición moral del estudioso de la ciencia política en la sociedad es ambivalente; puede llamársele paradójico, ya que el estudioso de la ciencia política es un producto de la sociedad que tiene por misión entender. Es también parte activa y, con frecuencia, trata de ser dirigente de esa sociedad. Para ser fiel a su misión tendría, pues, que superar dos limitaciones: la limitación del origen, que determinar la perspectiva desde la cual observa a la sociedad, y la limitación de propósito, que le hace desear seguir siendo un miembro bien situado en esa sociedad o, incluso, desempeñar un papel director en ella.

El pensamiento del estudioso de la ciencia política está moldeado por la sociedad que observa. Su visión, sus intereses intelectuales y su modo de pensar están determinados por la civilización, la comunidad nacional y todos los grupos particulares, religiosos, políticos, económicos y sociales de los que es miembro. La "ecuación personal" del estudioso de la ciencia política limita y orienta, al mismo tiempo, sus realizaciones académicas. La verdad que una mente, así condicionada socialmente, puede captar, está, del mismo modo, condicionada socialmente. La perspectiva del observador

determina lo que puede saberse y cómo debe ser entendido. En consecuencia, la verdad de la ciencia política es por necesidad, una verdad parcial.⁹

Sobre una mente que, por su propia naturaleza, es incapaz de ver más que una parte de la verdad, la sociedad ejerce sus presiones, que enfrentar al investigador con una selección entre la ventaja social y la verdad. Cuanto más fuerte es la tendencia hacia la conformidad dentro de la sociedad y más fuertes son las ambiciones sociales en el individuo investigador, mayor será la tentación de sacrificar el compromiso moral con la verdad, en beneficio de la sociedad. Se desprende de esto que una ciencia política respetable —respetable, decimos, en función de la sociedad que se investiga— es, en cierto sentido, una contradicción en los términos. Porque una ciencia política que es fiel a su compromiso moral de decir la verdad sobre el mundo político, no puede evitar decir a la sociedad cosas que ésta no quiere oír. La verdad de la ciencia política es la verdad sobre el poder, sus manifestaciones, su configuración, sus limitaciones, sus implicaciones, sus leyes. Sin embargo, uno de los propósitos principales de la sociedad es ocultar estas verdades a sus miembros. Esta ocultación, ese desconocimiento elaborado, sutil y voluntario de la naturaleza del hombre político y de la sociedad política es uno de los cimientos en que están fundadas todas las sociedades.¹⁰

Una ciencia política fiel a su fin moral sería, cuando menos, una empresa impopular. En el mejor de los casos, no puede evitar ser una fuerza subversiva y revolucionaria, en relación con ciertos intereses investidos —intelectuales, políticos, económicos, sociales en general. Porque debe verter siempre un juicio sobre el hombre político y la sociedad política, midiendo su verdad, que es en buena parte un convencionalismo social, de acuerdo con la suya propia. Haciendo esto, no es sólo una molestia para la sociedad intelectualmente, sino que se convierte también en una amenaza política para los defensores o los opositores del *statu quo*, o para ambos; porque las convenciones sociales acerca del poder, que la ciencia política no puede evitar someter a un examen crítico —y a menudo destructivo— son una de las principales fuentes de las que se derivan las pretensiones al poder y, en consecuencia, el poder mismo.

⁹ Cf. más adelante, pp. 32 y ss., el comentario sobre las perspectivas cambiantes de la ciencia política. Los enfoques, expresados aquí necesariamente en forma aforística, desarrollan más lo que se dijo en *Scientific Man vs. Power Politics*, pp. 166, 167.

¹⁰ Para una elaboración de este tema, véase *Scientific Man vs. Power Politics*, pp. 155 ss.; *Politics Among Nations*, 2a. ed. Alfred A. Knopf, Nueva York, 1954, pp. 80 ss.

Es lógico que la ciencia política como institución social, no pueda siquiera aproximarse a este ideal, de una fidelidad completamente desinteresada a la verdad. Porque ninguna institución social puede trascender completamente las limitaciones de su origen; ni puede pretender liberarse completamente de sus compromisos con la sociedad de la que forma parte, sin destruirse a sí misma en el intento. Sólo contados individuos han merecido la distinción socrática de impopularidad, ostracismo social y condenas, que son la recompensa de la dedicación constante a la verdad en cuestiones políticas. Sin embargo, aunque la ciencia política como institución social no puede esperar acercarse a ese ideal, debe tener conciencia de su existencia; y la conciencia de su compromiso moral con la verdad debe mitigar las limitaciones de origen, así como los compromisos entre el fin moral y las conveniencias sociales y las ambiciones, de las cuales ningún estudioso de la ciencia política puede escapar enteramente. En tanto que la ciencia política en los Estados Unidos responde a las necesidades de la sociedad más que a su compromiso moral con la verdad, es no sólo eminentemente respetable y popular, sino —lo que es peor—, es vista también, en general, con indiferencia.

Cuando una ciencia política es maltratada y perseguida, ha ganado probablemente esa hostilidad porque ha puesto sus fines morales por encima de las conveniencias sociales y de la ambición. Ha penetrado el velo ideológico con el que la sociedad oculta la verdadera naturaleza de las relaciones políticas, perturbando la complacencia de los poderes establecidos y conmoviendo la conciencia de la sociedad. Cuando una ciencia política es respetada ha obtenido probablemente ese respeto porque realiza funciones útiles a la sociedad. Ayuda a cubrir las relaciones políticas con el velo de ideologías que apaciguan la conciencia de la sociedad; justificando las relaciones de poder existentes, asegura a los poderes establecidos en su posesión del poder; aclara ciertos aspectos de las relaciones de poder existentes; y contribuye al mejoramiento de las funciones técnicas del gobierno. La aplicabilidad de esta ciencia política no descansa, principalmente, en el descubrimiento de la verdad sobre la política, sino en su contribución a la estabilidad de la sociedad.

Una ciencia política que no es ni odiada ni respetada, sino tratada con indiferencia, como inocuo pasatiempo, es probable que se haya retirado a una esfera que existe más allá de los intereses positivos o negativos de la sociedad. Preocupándose por cuestiones en las que nadie tiene interés, esta ciencia política evita el riesgo de la desaprobación social, renunciando incluso

a la oportunidad de aprobación social. La retirada a lo trivial, formal, metódico, puramente teórico, remotamente histórico —en resumen, a lo no aplicable políticamente— es señal indudable de una ciencia política “no polémica”, que no tiene ni amigos ni enemigos, porque no tiene aplicación a los grandes problemas políticos que interesan a la sociedad. La historia y la metodología, en particular, se convierten en armaduras protectoras, que escudan a la ciencia política contra el contacto con la realidad política del mundo contemporáneo.

Consagrada a una verdad que es, en este sentido, inaplicable, la ciencia política deforma la perspectiva en la que se observa el mundo político. A pesar de ciertas excepciones eminentes, tiende a pasar en silencio sobre problemas tan candentes como la naturaleza del poder y la verdad sobre éste, las ideologías políticas, el poder político de las organizaciones económicas, políticas exteriores posibles, relaciones entre el gobierno y la opinión pública, entre la tiranía y la democracia, entre la verdad objetiva y la opinión de la mayoría, así como casi todos los demás problemas fundamentales de la democracia contemporánea. Haciendo esto, hace como si estos problemas no existieran o no fueran importantes, o susceptibles de comprensión teórica. En su preocupación predominante por lo inaplicable, devalúa implícitamente los problemas realmente importantes de la política.

V

¿Cómo debería ser, pues, la ciencia política, para hacer justicia tanto a su pretensión científica como a su contenido? La respuesta a esta pregunta, en lo que se refiere a la pretensión científica de la ciencia política, se deriva de tres proposiciones básicas: la importancia de la filosofía política para la ciencia política, la identidad de la teoría política y la ciencia política, la habilidad de la ciencia política para comunicar la verdad objetiva y general sobre las cuestiones políticas.

La ciencia política, como todas las ciencias, es tanto en la concepción general de su objetivo y método, como en sus conceptos y operaciones particulares, un reflejo —no reconocido— de proposiciones filosóficas. Aun la ciencia política de la naturaleza del hombre y de la sociedad y de la ciencia misma. Este conocimiento es filosófico en tanto que su validez no se deriva de una posible comprobación empírica (aunque pueda ser comprobado), sino más bien de su consistencia lógica con ciertas proposiciones generales, que pretenden presentar la verdadera naturaleza de la

realidad. La ciencia política no puede probar ni negar la validez filosófica de estas proposiciones, pero supone la falacia de algunas y la validez de otras. La selección de estos presupuestos filosóficos tiene que limitar el objeto, enfoque, método y propósito de la ciencia política. La ciencia política está basada, necesariamente, e influida por una visión total del mundo —religiosa, poética y filosófica por naturaleza— cuya validez debe aceptar de antemano.

Durante casi toda la historia del pensamiento político occidental, las funciones de la filosofía política y de la ciencia política estaban unidas en las mismas personas. Los grandes filósofos políticos eran también grandes investigadores de ciencia política, que deducían proposiciones concretas, comprobables empíricamente, de los abstractos principios filosóficos. Si la desintegración de los grandes sistemas políticos en el siglo XIX y el correspondiente desarrollo de una ciencia política independiente, a la que nos referimos más arriba, hubiera conducido sólo a una división del trabajo entre la filosofía política y la ciencia política, no podría producirse ninguna objeción de principio. Sin embargo, la negación de la legitimidad y aplicabilidad de la filosofía política en relación con la ciencia política, que prevalece actualmente, es cosa diferente. Porque al negar esa legitimidad y aplicabilidad, la ciencia política se desprende de las raíces mismas a las que debe la vida, que determinan su crecimiento y que le dan sentido. Una ciencia política que nada sabe fuera de su propio contenido, no puede ni siquiera conocer bien ese contenido. La ciencia política contemporánea, identificada predominantemente con una filosofía positivista que es en sí misma una negación de casi todas las tradiciones filosóficas de Occidente, se ha mutilado, como si dijéramos, al privarse del acceso a las fuentes de pensamiento de los grandes sistemas filosóficos del pasado. No obstante, sin ese acceso no puede ni siquiera conocer, no digamos entender, algunos de los eternos problemas de la política, que la experiencia contemporánea plantea con urgencia casi sin precedentes.

¿Por qué todos los hombres desean el poder? ¿Por qué inclusive sus aspiraciones más nobles están teñidas por ese fuerte deseo? ¿Por qué el acto político, en tanto que implica el poder del hombre sobre el hombre y la correspondiente negación de la libertad del otro hombre, lleva implícito un elemento de inmoralidad y hace recaer sobre el que lo ejerce un estigma de culpa? ¿Por qué, finalmente, en política las buenas intenciones no producen necesariamente buenos resultados y planes bien concebidos conducen con frecuencia al fracaso en la acción, y por qué, a la inversa, hombres malos han hecho a veces mucho bien en política y otros, poco previsores, han tenido

éxito muchas veces? Aquí nos encontramos en presencia del misterio, el pecado y la tragedia de la política. Los problemas que estas preguntas plantean no son científicos sino filosóficos por naturaleza. Sin embargo, sin la conciencia de su legitimidad y aplicabilidad, la ciencia política está imposibilitada para plantear siquiera ciertos problemas esenciales para el conocimiento científico de la política.¹¹

La misma posición antifilosófica, prevaleciente en la ciencia política contemporánea, es responsable de la distinción corriente entre teoría política y ciencia política. A la teoría, siendo por definición inútil para propósitos prácticos, se le asignó esa posición, honorífica pero inefectiva, a que nos referimos antes, y se dio fundamental importancia a la ciencia, cuya utilidad inmediata para la sociedad parecían haber demostrado las ciencias naturales.

Quizás ningún acontecimiento ha tenido un efecto tan desastroso en el desarrollo de la ciencia política norteamericana como esta división entre la teoría política y la ciencia política. Porque ha hecho estéril a la teoría política, alejándola del contacto con los problemas contemporáneos de la política, y ha tendido a despojar a la ciencia política del contenido intelectual, rompiendo sus lazos con la tradición occidental del pensamiento político, sus preocupaciones, su acumulación de sabiduría y de conocimientos. Cuando la ciencia política norteamericana cobró conciencia, esporádicamente, de este empobrecimiento sufrido por su propia culpa, recurrió al remedio de añadir más cursos de teoría política al plan de estudios, o de hacerlos obligatorios, o de exigir conocimientos de teoría política en los exámenes. Sin embargo, el remedio no ha dado resultado, porque procede de la división misma entre la teoría política y la ciencia política, que es la raíz de la enfermedad misma.

La peligrosa situación de la disciplina académica que estudia comparativamente las formas de gobierno es un notable ejemplo de esta enfermedad. La comparación de diferentes instituciones y sistemas políticos requiere lógicamente un *tertium comparationis*, es decir, una proposición que brinde un modelo para la comparación. Este modelo, para que sea significativo, no puede ser exclusivamente empírico, sino que debe tener un alcance teórico, llevando a proposiciones de validez general. El estudio comparativo de las formas de gobierno, para ser una disciplina académica, requiere pues, una teoría de la política que haga posible comparaciones cargadas de sentido. En ausencia de esta teoría, no es fortuito que el estudio comparativo de las formas de gobierno sea poco más que la descripción o, en el mejor de los

¹¹ Cf. sobre este problema general, el análisis de los valores en las ciencias sociales, en *América*, vol. 92, octubre 9 y 30, 1954.

casos, una serie de teorías sobre instituciones políticas individuales y sistemas, sin establecer comparaciones.

La distinción misma entre teoría política y ciencia política es insostenible. La ciencia es teórica, o no es nada. Histórica y lógicamente, una teoría científica es un sistema de verdades empíricamente comprobables, generales, buscadas en sí. Esta definición coloca a la teoría aparte del conocimiento práctico, del sentido común y de la filosofía. El conocimiento práctico se interesa sólo en verdades que se prestan a una aplicación práctica inmediata; el sentido común es particular, fragmentario y asistemático; el conocimiento filosófico puede ser, pero no lo es necesariamente, comprobable empíricamente. ¿Qué otra cosa es, pues, el conocimiento científico, sino teoría? De esto se deduce que la ciencia política no puede hacerse más teórica destacando más el campo separado de la teoría política, sino sólo infundiendo a todas las ramas de la ciencia política susceptibles de conocimiento teórico el espíritu de la teoría.

La misma posición filosófica que ha hecho a la ciencia política despreciar a la filosofía y separarse de la teoría la ha llevado también a negar la existencia e inteligibilidad de verdades objetivas, generales en materia política. Esta negación se manifiesta de diferentes modos, en distintos niveles del pensamiento. En el nivel de la teoría general de la democracia, lleva a la conclusión de que la decisión de la mayoría es el último dato, más allá del cual ni el análisis ni la valoración pueden llegar. En el nivel del análisis de los procesos políticos y las decisiones, reduce la ciencia política a la explicación de las formas en que operan los grupos de poder y se formulan las decisiones de gobierno. Una ciencia política así concebida se limita al análisis descriptivo de un complejo de hechos históricos particulares. Su negación de la existencia e inteligibilidad de una verdad en materia política, que exista fuera del tiempo y del espacio, implica una negación de la posibilidad de la teoría política, tanto en su sentido analítico como normativo. Lo que una ciencia política del pasado ha descubierto como verdad, por tanto, es verdad sólo en relación con las peculiares y efímeras circunstancias del momento, sin encerrar ninguna lección para nosotros o cualquier otra época de la historia; o es un simple reflejo de las preferencias subjetivas del observador. La ciencia política del pasado se ve reducida, pues, en tanto que formula análisis empíricos, a la descripción de una situación histórica efímera y, como teoría normativa, no es posible distinguirla de la ideología política. Siendo así, la ciencia política contemporánea está atrapada en el mismo relati-

vismo, y no es más capaz de trascender las limitaciones de tiempo y espacio que lo fueron sus predecesoras.

No podemos entrar aquí en un examen detallado de este problema fundamental; deben bastar dos observaciones. La ciencia política, como cualquier ciencia, presupone la existencia y accesibilidad de la verdad objetiva, general. Si nada verdadero, sin atender al tiempo y al espacio, pudiera afirmarse en materia política, la ciencia política misma sería imposible. Sin embargo, toda la historia del pensamiento político es un monumento vivo a esta posibilidad: la aplicabilidad para nosotros de concepciones que los estudiosos de la ciencia política en el pasado tuvieron sobre problemas políticos en las circunstancias históricas más diversas, considerándolas verdaderas bases de la existencia de un cúmulo de verdades objetivas, generales, tan accesibles a nosotros como lo fueron para nuestros predecesores. Si fuera de otra manera, ¿cómo podríamos, no sólo entender, sino apreciar las concepciones políticas de un Jeremías, un Kautilya, un Platón, un Bodino, o un Hobbes?

IV

El contenido de la ciencia política no puede ser determinado *a priori* y en abstracto. Una teoría es un instrumento de conocimiento. Su propósito es ordenar y dar sentido a una masa de fenómenos que, sin ella, permanecerían desligados e ininteligibles. Hay una fuerte tendencia, en la ciencia política contemporánea, a colocar a la teoría en un lecho de Procusto, juzgándola por su conformidad con ciertos criterios metodológicos preestablecidos, más bien que por su contribución intrínseca al conocimiento y a la comprensión. El resultado es un formalismo académico que, en su preocupación por los requisitos metodológicos, tiende a perder de vista el fin del conocimiento y comprensión al cual debe servir el método. Recordamos la respuesta que Galileo recibió cuando invitó a algunos de sus críticos a mirar a través de un telescopio un fenómeno astronómico cuya existencia habían negado; le contestaron que no había necesidad de usar ese instrumento empírico puesto que, de acuerdo con Aristóteles, ese fenómeno no podía existir. También recordamos las tendencias de la literatura francesa del siglo xvii, la literatura alemana del xviii y el arte francés del xix, a hacer de la coincidencia con ciertos requisitos formales el modelo último del valor artístico y literario. Y vemos la impotencia de estos intentos para evitar por mucho tiempo que la mente humana busque y encuentre lo que es importante en la ciencia, la literatura y el arte.

La validez de una teoría, por tanto, no depende de su conformidad con suposiciones *a priori*, metodológicas o de otro tipo. Está sujeta a una prueba puramente pragmática. ¿Extiende esta teoría nuestro conocimiento y ahonda nuestra comprensión de lo que vale la pena saber? Si lo hace es buena, independientemente de sus presupuestos *a priori*; si no lo hace, es mala, también independientemente de sus presupuestos *a priori*.

El contenido de la teoría, entonces, debe determinarse por el interés intelectual del observador ¿Qué queremos saber de la política? ¿Qué nos importa más de ella? ¿Qué preguntas queremos que nos responda una teoría política? Las respuestas a estas tres cuestiones determinan el contenido de la ciencia política y las respuestas pueden muy bien diferir, no sólo de un período de la historia a otro, sino de un grupo contemporáneo de observadores a otro.

Hipotéticamente, podemos imaginar tantas teorías políticas como perspectivas intelectuales legítimas existan para enfocar la escena política. Pero, en una cultura determinada y en un período determinado de la historia, debe haber una perspectiva que, por razones teóricas y prácticas, tenga precedencia sobre las demás. En una época, el interés teórico se enfocó sobre las formas constitucionales en que tienen lugar las relaciones políticas; en vista de los problemas teóricos y prácticos por resolver, éste era entonces un interés legítimo. En otro momento de la historia de la ciencia política, el interés teórico se centró en las instituciones políticas y sus operaciones; en vista de lo que había que conocer y hacer en esa época, este interés teórico fue también legítimo. De este modo, la ciencia política es como un reflector que, tratando de iluminar todo el mundo político, enfoca en cada período de la historia un aspecto de la política y desplaza su luz, de acuerdo con nuevas preocupaciones teóricas y prácticas.¹²

En nuestra época, la justicia y estabilidad de la vida política se ve amenazada y nuestro conocimiento del mundo político es desafiado por el surgimiento del totalitarismo en la escena nacional e internacional. El nuevo fenómeno político del totalitarismo pone en duda ciertas suposiciones sobre la naturaleza del hombre y de la sociedad, que habíamos dado por seguras. Promueve cuestiones acerca de instituciones que creíamos establecidas de una vez para siempre. Trastorna y destruye procesos legales que habíamos llegado a considerar instrumentos autosuficientes de control. En una palabra, lo que ha emergido bajo la superficie de las formas legales e institucio-

¹² Cf. mi "Area Studies and the Study of International Relations", *International Social Science Bulletin*, IV, 1952, pp. 93-95.

nales, como elemento distintivo, unificador de la política, es la lucha por el poder, elemental, sin disfraz, abarcándolo todo.¹³ Hace una década, tanto conservadores como liberales y marxistas sostenían que la lucha por el poder era, en el peor de los casos un rudo pasatiempo, regulado saludablemente por la ley y canalizado por las instituciones o que había sido reemplazado, en su influencia dominante, por la competencia económica; o que el triunfo último de la democracia liberal o de la sociedad sin clases, que se pensaban muy cercanas, le pondrían fin de una vez. Estas suposiciones y esperanzas han sido refutadas por la experiencia de nuestro tiempo. Es al desafío de esta refutación al que la ciencia política debe responder, como la práctica política debe responder al reto de la experiencia.

No obstante al mismo tiempo que la ciencia política debe ocuparse así del problema del poder, debe dar a este problema una importancia que se adapte a las circunstancias siempre cambiantes de los tiempos. Cuando la época tiende a despreciar el elemento de poder, debe destacar su importancia. Cuando la época se inclina a una concepción monista del poder, en el esquema general de las cosas, debe mostrar sus limitaciones. Cuando la época concibe el poder principalmente en términos militares, debe llamar la atención sobre la variedad de factores que intervienen en la ecuación del poder y, más especialmente, sobre la sutil relación psicológica de que está constituida la malla del poder. Cuando se está perdiendo de vista la realidad del poder, sobre sus limitaciones morales y legales, debe señalar esa realidad. Cuando se subestima la ley y la moral, debe asignarles su lugar justo.

Podemos señalar de pasada que todas las grandes contribuciones a la ciencia política, desde Platón y Aristóteles hasta *The Federalist* y Calhoun, han sido respuestas a estos retos que surgen de la realidad política. No han sido desarrollos teóricos autosuficientes, que persigan preocupaciones teóricas en sí. Más bien han sido confrontadas con una serie de experiencias políticas y problemas que desafiaban la comprensión, con los instrumentos teóricos a la mano. Así tuvieron que enfrentarse a una nueva experiencia política, no obstruida por una tradición intelectual que pudo ser adecuada a experiencias anteriores, pero que no servía para aclarar la experiencia del mundo contemporáneo. Así se vieron obligados a separar, en la tradición intelectual a su disposición, lo que está condicionado históricamente de lo que es verdadero, independientemente del tiempo y el espacio, y plantear de nuevo todos los problemas perennes de la política y volver a formular las perennes ver-

¹³ Cf. W. A. ROBSON, *The University Teaching of Social Sciences. Political Science*. UNESCO, París, 1954, pp. 17-63.

dades de la política a la luz de la experiencia contemporánea. Ésta ha sido la tarea de la ciencia política a lo largo de su historia y es la tarea de la ciencia política de hoy.¹⁴ Hay, pues, en la ciencia política, lo que podría llamarse una “más alta practicidad”, que responde a necesidades prácticas, no imaginando remedios prácticos, sino ampliando y profundizando el conocimiento de los problemas de los que nacen las necesidades prácticas.

Haciendo del poder su concepto central, una teoría política no supone que haya otra relación, excepto las del poder, que controle la acción política. Lo que debe suponer es la necesidad de un concepto central que permita al observador distinguir el campo de la política de otras esferas sociales, orientarse en el laberinto de fenómenos empíricos que constituyen el campo de la política y establecer una medida de orden racional dentro de él. Un concepto central, como el poder, brinda entonces una especie de esquema racional de la política, un mapa de la escena política. Este mapa no proporciona una descripción completa del panorama político en un período determinado de la historia. Muestra más bien los rasgos eternos de su geografía, distintos del marco histórico siempre cambiante. Este mapa, por tanto, nos dirá cuáles son las posibilidades racionales para viajar de un lugar del mapa a otro y qué camino deben tomar determinados viajeros, en determinadas condiciones. Imparte así una medida de orden racional a la mente observadora y, al hacerlo, establece una de las condiciones para el éxito en la acción.

Una teoría política, por el solo hecho de pintar un cuadro racional de la escena política, señala el contraste entre lo que realmente es la escena política y lo que tiende a ser, sin lograrlo nunca completamente. La diferencia entre la realidad empírica de la política y una teoría política es como la diferencia entre una fotografía y un retrato pintado. La fotografía muestra todo lo que puede verse con los ojos. El retrato no muestra todo lo que puede verse con los ojos, pero muestra algo que los ojos no pueden ver: la esencia humana de la persona retratada. Así, una teoría política debe tratar de pintar la esencia racional de su materia de estudio.

Al hacerlo, una teoría política no puede evitar implicar que los elementos racionales de la política son superiores en valor a los contingentes, y que lo son en dos aspectos. Lo son en relación con la comprensión teórica que la teoría busca; porque su posibilidad misma y la medida en que es posible depende de la racionalidad de su contenido. Una teoría política debe valorar esta naturaleza racional de su contenido también por razones prácticas. De-

¹⁴ Cf. el importante artículo de ALFRED COBBAN, “The Decline of Political Theory”, *Political Science Quarterly*, LXVIII. 1953, pp. 321-332.

be suponer que una política racional es, necesariamente, una buena política; porque sólo esa política reduce al mínimo los riesgos y eleva al máximo los beneficios y, en consecuencia, pone a ambos de acuerdo con el precepto moral de prudencia y el requisito político de éxito. Una teoría política debe querer que la fotografía de la escena política se parezca lo más posible a su retrato.

De ahí que una teoría política no sólo presente una guía para la comprensión, sino también un ideal para la acción. Ofrece un mapa de la escena política, no sólo para comprender cómo es la escena, sino también para mostrar el camino más corto y más seguro hacia determinado objetivo. El empleo de la teoría, por tanto, no está limitado a la explicación racional y a la anticipación. Una teoría política contiene también un elemento normativo.

VII

Un plan de estudios de ciencia política que tratara de llevar a la práctica este conocimiento teórico de la política, con los fines de la enseñanza, tendría que eliminar todas aquellas materias que no sirven a este conocimiento teórico. Tendría también que añadir materias que actualmente no están incluidas, pero que son esenciales a este conocimiento.

El proceso de eliminación debe moverse en dos frentes. En primer lugar, debe afectar aquellas materias que se han incluido tradicionalmente en este campo, pero que no tienen conexión orgánica con su materia de estudio o con la perspectiva desde la cual debe enfocarlo la ciencia política contemporánea. A esta categoría pertenecen, por ejemplo, todas las materias jurídicas de que se ocupa la ciencia política, porque las escuelas de derecho no lo hacían en una época. De cualquier modo, esta consideración práctica es infundada hoy, cuando las escuelas de derecho den cursos de jurisprudencia, derecho administrativo, constitucional e internacional. La ciencia política no se interesa en ninguna materia jurídica *per se*; sin embargo, tiene desde luego un interés vital en las interrelaciones entre el derecho y la política. Debe ver al derecho no como un sistema autosuficiente de reglas de conducta, sino más bien como la creación y el creador de las fuerzas políticas.

Por otra parte, ha habido una fuerte tendencia en la ciencia política a añadir al plan de estudios materias que son de importancia práctica en determinado momento, sin atender a su pertinencia teórica. Sin embargo, lo que es útil saber por razones prácticas no es necesariamente valioso en el campo teórico. Una innovación en la administración municipal o en la or-

ganización internacional puede atraer en un momento gran atención, en virtud de los resultados prácticos que promete, o el desarrollo político en determinada parte del mundo puede convertirse en materia de interés para la opinión pública. Todavía hay que demostrar, teóricamente, que esos temas deban ser incluidos, como materias independientes, en el plan de estudios de ciencia política. En escala limitada, este problema plantea de nuevo el problema de la educación liberal, frente a la educación vocacional.

Las adiciones al programa de ciencia política deben ser, también, de dos clases diferentes. Por una parte, el plan de estudios debe tener en cuenta el hecho de que su concepto central es un fenómeno social general, que se manifiesta típicamente en la esfera política, pero que no se limita a ella. El fenómeno del poder y las formas sociales que hace surgir desempeñan un papel importante, aunque muy olvidado, en toda la vida social. Una forma, tal como el equilibrio del poder, es un fenómeno social general que se encuentra en todos los niveles de la interacción social. El conocimiento teórico de fenómenos políticos especiales y de las formas políticas requiere la comprensión de la medida en que estos fenómenos políticos y estas formas son simplemente ejemplos específicos de fenómenos y formas generales y en qué medida se salen de su específica connotación política. Uno de los cimientos del plan de estudios de ciencia política, por tanto, debe ser la sociología política, que trata los fenómenos del poder y las formas sociales que hace surgir, en general, con referencia específica, desde luego, a las de la esfera política.¹⁵

Por otra parte, la escena política contemporánea se caracteriza por la interacción entre las esferas política y económica. Esta interacción va contra la suposición y el requisito liberal de una separación real, que se refleja en la separación académica de los dos campos. Esta interacción lleva a una situación que existía antes de establecerse la ciencia política como disciplina académica y que se reflejaba en la fusión académica de los dos campos, en forma de economía política. El plan de estudios de ciencia política debe tomar en cuenta, teóricamente, el desarrollo real de gobiernos privados, en forma de gigantescas empresas y sindicatos obreros. Estas organizaciones ejercen el poder dentro de sus propios límites de organización, en sus relaciones mutuas y en sus relaciones con el Estado. El Estado, a su vez, ejerce el poder

¹⁵ Cf. la importante, pero muy olvidada, monografía de FREDERIC WATKINS, *The State as a Concept of Political Science*. Harper and Brothers, Nueva York y Londres, 1934, especialmente pp. 81 ss.

sobre ellas. Estas relaciones de poder constituyen un nuevo campo de conocimiento teórico.

Sin embargo, lo que la ciencia política necesita por encima de cualquier cambio en el plan de estudios —aunque también los necesite— es la restauración del compromiso intelectual y moral con la verdad por sí misma, en materia política. Esta restauración se hace más urgente en la medida en que el ambiente social, en general, y el ambiente académico, en particular, tienden a desalentarla. La sociedad en general y esa sociedad particular de la que es miembro profesional, empujan al estudioso de ciencia política a ser útil aquí y ahora y a jugar siempre a lo seguro. Si el investigador de la ciencia política no puede resistir estas tensiones, acudiendo a la visión del buscador de la verdad política, que Platón trajo al mundo, y del maestro de la verdad política, que ejemplificaron los profetas, ¿qué será de él como intelectual, y qué será de una sociedad que se ha despojado de la habilidad para medir los contradictorios asaltos de las partes interesadas a la verdad, por oscuramente que se perciba?

Una sociedad que ha cerrado así los ojos a la verdad sobre sí misma, ha cortado el cordón que la unía a las fuentes de la civilización. Porque si no se presupone, al menos, que la verdad objetiva y general existe y puede ser conocida en materia política, el orden, la justicia y la verdad misma se convierten en simple producto derivado de las relaciones de poder siempre cambiante. En esa sociedad, el estudioso de la ciencia política tiene todavía un importante papel: se convierte en el ideólogo que da apariencia de verdad y justicia al poder y a la lucha por éste.

La ciencia política, como hemos tratado de demostrar, no puede evitar realizar esta función ideológica. No obstante, es la medida de su conciencia, y de la realización de su misión como ciencia política, el que sea consciente la existencia de una verdad objetiva, general, detrás de las racionalizaciones ideológicas y de las justificaciones, y que busque la comprensión de esa verdad. Para llenar esta misión, el estudioso de la ciencia política debe vivir en el mundo político, sin ser parte de él. Debe observarlo con intenso interés y comprensión, pero su mirada y el impulso de su voluntad deben trascenderlo. Debe entenderlo tan bien y mejor que el político y, sin embargo, su ambición no tiene nada en común con la de este último. Su compromiso moral primero no es con la sociedad, sino con la verdad y, por lo tanto, con la sociedad sólo en tanto que ésta responde a la verdad. Sólo entonces puede, al menos, aproximarse al ideal de justicia política, y es el único de los interesados en las cuestiones políticas que puede

hacerlo: porque, como dijera Goethe: "El actor es siempre injusto; nadie es justo sino el observador."

Ante esta falta de practicidad en la acción y esta ambivalencia en el compromiso moral, las sirvientas de todos los tiempos, los servidores natos de la sociedad, no pueden sino reír. De ellos, por listos e ingeniosos que puedan ser, la historia sólo registra la risa. Y se ríen de la visión moral e intelectual de la que procede nuestra herencia de conocimiento y sabiduría política.

(Traducción de Enrique González Pedrero)